

El museo de las ocurrencias

Alfredo Acle Tomasini©

Ingenuos, los capitalinos pensamos que al tener el derecho de elegir al jefe de gobierno y a los delegados, podríamos influir para que el funcionamiento y desarrollo de la ciudad respondiera a nuestras necesidades; nos equivocamos.

La “democratización” del Distrito Federal ha creado una situación asimétrica entre los objetivos de la ciudadanía y los de sus representantes, que se acentúa en la medida que los dos primeros jefes de gobierno electos por voto popular han utilizado dicho cargo como antesala de su campaña presidencial, lo cual ha influido en la forma como se jerarquizan y resuelven los problemas, en la asignación de los recursos del erario, y en su proyección mediática.

Para cualquier capitalino medianamente informado, resulta evidente que la problemática urbana que a diario confronta, no surgió de manera repentina sino que es el resultado de múltiples causas que abarcan, desde los factores que impulsaron el crecimiento desmedido de la metrópoli hasta la acumulación paulatina de errores, omisiones e intereses políticos de sus transitorios gobernantes. Por ello, también entiende que, aun aplicando las soluciones correctas, sus resultados no se verán en el corto plazo. Y por tanto, ve con escepticismo el anuncio de cualquier acción gubernamental.

En contraste, la agenda política del jefe de gobierno y la de los delegados difícilmente pasa de cinco y dos años respectivamente. Éste será el lapso, en el primer caso, para buscar la candidatura a la presidencia de la república y, en el segundo, para saltar a una nueva teta de la ubre presupuestal. Así, mientras que los ciudadanos ven su futuro a través de un telescopio, sus representantes hacen lo mismo, salvo que ellos usan un microscopio.

Para hacer todavía las cosas más complicadas, la mitad del área metropolitana de la Ciudad de México se encuentra dentro de otra entidad federativa, lo que da origen a un sinnúmero de problemas de todo tipo que van, desde cosas que deberían ser simples como la construcción de obras viales hasta la coordinación para el combate a la delincuencia.

No extraña, por tanto, que el área metropolitana de la Ciudad de México – la más grande del mundo - carezca de un plan a mediano y largo plazo. En cambio, ésta se ha convertido en un gran museo de las ocurrencias – quizá podríamos darle el calificativo de minimalista - que, además de no integrar un todo consistente, en muchos casos van a contrapelo de lo que se hace en otras ciudades, o bien constituyen un reto a la lógica más elemental, como es, por ejemplo, otorgar una licencia de manejo permanente, sin ningún examen y sin la obligación de tener un seguro contra daños a terceros. Da risa, pero sólo piense en los han perdido la vida por esta genialidad bananera.

Las “playas capitalinas” son la adquisición más reciente del museo de las ocurrencias; de dónde surgieron ¿quién sabe? ¿Por qué no invertir en la renovación, mantenimiento y expansión de parques y jardines, que después de su inauguración, suelen perderse en el olvido. ¡Ah! es que así lo hacen en Paris. Si, es cierto pero ahí, como en otras ciudades

Europeas se realizan muchas acciones, que nos sería más valioso imitar, en lugar de ser un remedo tercer mundista de las orillas del Sena.

Simplemente valdría observar la forma como organizan, reglamentan y señalizan el tránsito de vehículos, en tanto desalientan el uso del automóvil privado a cambio de privilegiar el transporte público, y cuyo funcionamiento e infraestructura tiene un plan a mediano y largo plazo, que no responde a los caprichos y vaivenes de sus transitorios gobernantes.

En Inglaterra, su reglamento de construcción prevé que las nuevas casas deberán mejorar el aislamiento; captar el agua de lluvia y aprovechar la luz solar. En varias ciudades de Estados Unidos los vehículos de transporte público deben ser híbridos, en tanto sus regulaciones ambientales consistentemente reducen los niveles máximos de tolerancia.

Y nosotros, ¿dónde estamos? Perdidos en la ocurrencia y en el golpe publicitario. El político desde su microscopio ve en el sol y en el agua la oportunidad populachera; algunos ciudadanos, vemos desde nuestro telescopio, al sol, como una opción desperdiciada para abatir el consumo de energía y la contaminación, y al agua, como un recurso que se nos escapa entre las manos y del que cada día tenemos menos. En fin, las ocurrencias ni hacen gobierno, ni a nadie convierten en estadista. Aunque sirven para museo.